

DIARIO ODIEL 21-5-1963

La Biblioteca y los estudiantes

¿Quién no recuerda la Biblioteca de su ciudad natal, a la que acudía como estudiante de bachillerato? ¿O la de su Escuela, Facultad o Universidad, cuando cursó sus estudios superiores? ¿O se resiente de que, allí en donde vivió, no había una Biblioteca adecuada a sus necesidades de consulta, de apetito de saber? Todos, según nuestro curriculum, contamos en nuestro anecdotario estudiantil con uno de los hechos que se relacionan con una Biblioteca. Gratos y que gustamos de repetir. Molestos que relegamos al olvido porque, también nosotros, con euforia que iba contra el silencio requerido fuimos alguna vez amonestados o porque nuestra memoria nos fué esquivia en la fecha de devolución de un libro. A cualquiera le puede suceder.

Pero junto a estos que son incidentales, nuestra memoria conserva claro lo que la Biblioteca representó en estos años para nosotros. El valor incalculable que algunos volúmenes tuvieron para ciertos trabajos; el solaz que una novela nos produjo en nuestros ratos de ocio o la ayuda que los artículos de las revistas especializadas sumaban a las explicaciones del profesor o a las frases del texto. La Biblioteca en su función de centón de datos, de mina de posibilidades de estudio, de guardadora de esparcimiento. Ese es el meollo de nuestro recuerdo, al que se encaja el agradecimiento de las oportunidades que ella nos brindó con sus libros, folletos, revistas, mapas, periódicos y otros materiales que guardaba en sus estantes. Sabíamos que en ella podíamos entrar atareados o en agüeto con el convencimiento de que, de alguna manera, íbamos a encontrar allí el medio que necesitábamos para nuestra labor o para nuestra distracción. Que el volumen más pequeño, la publicación al parecer más insignificante, cumplía su misión de esperar al lector que la iba a aprovechar y para el que, a fin de cuentas, había sido escrita e impresa.

Junto al edificio, con sus salas más o menos cómodas, sus muebles anticuados o funcionales, se nos destaca la personalidad del bibliotecario. Me gusta pensar en los que conocí en la idea que hoy tengo de ellos y en la labor que tienen, tenemos, encomendada en la sociedad a la que prestamos nuestros servicios. Vale la pena detenerse en esta cuestión porque, como muchos otros arquetipos, el del bibliotecario, ha cam-

biado bastante en el mundo en que vivimos. Yo ya los ví abiertos y proyectados en su labor hacia los lectores, superando aquella estampa antigua del funcionario con manguitos negros muy asentado en su mesa y dedicado a la erudición, y al detalle. Como incubando su humanismo para engrosarlo en su propio ser, alejado de la sala de lectura y de los consultantes cuya atención lo distraían de sus fichas de bella letra manucrista, avaro de mostrarse como guía para ofrecer sus conocimientos humanísticos y bibliográficos. Mis recuerdos son positivos en este particular. El saber de los bibliotecarios de aquellos centros a los que tuve que acudir era mucho más certero, en muchas ocasiones, que las consultas de las fichas de los catálogos. Ellos habían sido, a su vez, consultantes antes que técnicos y su preparación específica significaba, al preguntarles, el ahorro de muchas búsquedas infructuosas o el hallazgo de materiales sobre los que habríamos pasado sin apereibirlos.

Sin una Biblioteca de consulta, aunque sea muy general, el mundo estudiantil no puede alcanzar la plenitud de su rendimiento en la tarea de engrandecer los conocimientos y enseñanzas. Junto al texto, la ampliación. Los estudiantes deben tener a su alcance, por modesta que la Biblioteca sea, aquellos materiales que les ponen en contacto con la síntesis y el análisis de las materias de sus estudios, con los compendios y las monografías que, a paso escalonado, los van adentrando en el camino del trabajo intelectual.

VICENTA CORTES